



## LA IGLESIA EN EL UMBRAL DEL TERCER MILENIO\*

*The church on the threshold of the third millennium*

*Ratzinger, Joseph\*\**

\*\* Ratzinger, Joseph. Convocados en el camino de la fe. La iglesia como comunión.

**RESUMEN:**

“Después de un recorrido por el siglo XX y en vísperas del tercer milenio, frente al cielo y al infierno; y a la muerte de Dios, se vislumbra nuestra tarea cristiana: Dar testimonio de Dios, abrir las ventanas cerradas, para que su luz pueda brillar entre nosotros.

Y como para introducirnos en su voluntad, a la comunidad que camina en la fe pertenece la vida según los mandamientos, que son las reglas concretas del amor a Dios, al prójimo, a la creación y a nosotros mismos. Esto quedaría reducido a un moralismo sin sentido, si no está bajo la luz de la gracia del perdón. Despertar de nuevo la alegría en Dios, la alegría por la revelación de Dios, por la amistad con Dios, me parece una tarea urgente de la iglesia en nuestro siglo”.

**PALABRAS CLAVE:**

Testimonio de Dios, mandamientos, perdón, iglesia y perdón.

**ABSTRACT:**

“After the travel of the XX century and on the eve of the third millennium, in front of heaven and hell and to God’s death, it glimpses our christian task: to give testimony of God, to open the closed windows so His light could shine among us.

And to get in His will, to the community that walks in faith belongs the life according to the commandments, which are the concrete rules of God’s love; to the fellow, to the creation and us. This will be reduced to a moralism with no sense, if it is not under the light of grace of forgiveness. Waking up again God’s happiness, the joy for God’s revelation, His friendship. I think it is an urgent church task in our century”.

**KEYWORDS:**

God’s testimony, commandments, forgiveness, church.



## LA IGLESIA EN EL UMBRAL DEL TERCER MILENIO

*Para citar este artículo: Ratzinger, Joseph (2015). "La iglesia en el umbral del tercer milenio". En: Revista Académica e Institucional, Páginas de la UCP, N° 98: p.123-132*

En una revista he leído brevemente la sentencia de un intelectual alemán que decía de sí mismo que respecto a la cuestión de Dios era agnóstico, que ni se puede demostrar a Dios ni negar absolutamente su existencia, que la cuestión sigue abierta. Contrariamente a esto, sí que estaba convencido de la existencia del infierno; un vistazo a la televisión le bastaba para constatar que existe. Mientras que la primera parte de esta confesión corresponde del todo a la conciencia moderna, la segunda resulta extraña e incomprensible, al menos en una primera lectura. Pues, ¿cómo se puede creer en el infierno si Dios no existe? Mirando más de cerca esta afirmación resulta totalmente lógica: el infierno es precisamente la situación de ausencia de Dios. Ésta es su definición: donde no está Dios, donde ya no llega ningún rayo de su presencia, allí está el infierno. Quizá el ver diariamente la televisión no nos muestre precisamente esto, pero sí una mirada a la historia del siglo que ya ha pasado, que ha dejado tras de sí palabras como Auschwitz, archipiélago Gulag, o nombres como Hitler, Stalin, PoI Pot. Quien lee testimonios de aquellos ambientes encuentra visiones que no tienen que envidiar en nada la crueldad y destrucción del descenso a los infiernos de Dante; de hecho son más terribles porque aparecen dimensiones del mal que la mirada de Dante no había podido adelantar. Estos infiernos fueron construidos para poder originar el mundo futuro del hombre que se pertenece a sí mismo y que no habría de necesitar más a Dios. El hombre que

ahora disponía totalmente de sí mismo y que ya no conocía límites para su disposición fue sacrificado al Molok de la utopía del mundo libre de dioses, liberado de Dios, porque ya no había Dios sobre él, porque ya no emanaba del hombre la luz de la imagen de Dios.

Allí donde no hay Dios surge el infierno, que consiste sencillamente en la ausencia de Dios. Esto puede desarrollarse también a través de formas sutiles y casi siempre bajo la idea de beneficio para los hombres. Cuando hoy se comercia con órganos humanos, cuando hoy se forman fetos para lograr provisión de órganos o para impulsar la investigación sobre la enfermedad y la salud, aparece de esta forma, ante todo, el contenido humanista de esta actuación; pero con el menos precio hacia el hombre que ello conlleva, en esta utilización y consumo de los hombres nos encontramos precisamente de nuevo en el descenso a los infiernos. Esto no quiere decir que no pueda haber y haya de hecho ateos con un gran sentido ético. Pero aun así me atrevo a afirmar que este ethos consiste en los destellos aún no extinguidos de la luz que una vez provino del Sinaí, la luz de Dios. Estrellas lejanas y apagadas pueden resplandecer todavía entre nosotros. Incluso donde Dios parece muerto puede seguir actuando su luz. Pero Nietzsche ha señalado con razón que el momento en que llegue a todas partes el anuncio de la muerte de Dios, en que su luz sea apagada definitivamente, sólo puede ser terrible.



¿Por qué digo todo esto en una reflexión que aborda la cuestión sobre qué hemos de hacer hoy los cristianos en nuestro momento histórico, al comienzo del tercer milenio? Lo digo porque precisamente a partir de ahí se vislumbra nuestra tarea cristiana. Ésta es tan grande como sencilla: consiste en dar testimonio de Dios, abrir las ventanas cerradas que no dejan pasar la claridad, para que su luz pueda brillar entre nosotros, para que haya espacio para su presencia. Pues ahora, a la inversa, hay que decir que allí donde Dios está se halla el cielo, allí nuestra vida resulta luminosa incluso en las fatigas de nuestra existencia. El cristianismo no es una filosofía complicada y pasada de moda, no consiste en un bagaje incalculable de dogmas y prescripciones. *La fe cristiana es ser tocado por Dios y testimonio para Él.* Por eso Pablo, en el Areópago, transmitió su misión y su intención a los atenienses, a los que hablaba como representantes de los pueblos de la tierra, diciéndoles que quería darles a conocer al Dios desconocido, al Dios que había salido de su clandestinidad, que se había dado a conocer a sí mismo y que, por ello, podía ser anunciado por él (Hch 17,16-34). La relación con la palabra del Dios desconocido presupone que, de alguna forma, en su ignorancia el hombre sabe de Dios. Esto responde a la situación del agnóstico, que no conoce a Dios y tampoco puede excluirlo. Presupone también que el hombre espera de algún modo a Dios y, sin embargo, no puede avanzar hacia Él por sus propias fuerzas, es decir, precisa del anuncio, de la mano que le lleva hacia el espacio de su presencia.

Así podemos decir que *la Iglesia existe para que Dios, el Dios vivo, sea dado a conocer, para que el hombre pueda aprender a vivir con Dios, ante su mirada y en comunión con Él. La Iglesia existe para exorcizar el avance del infierno sobre la tierra, y hacerla habitable por la luz de Dios.* Sólo desde Dios, sólo a partir de Él, llegará a ser humana. También podemos

formular la tercera petición del Padrenuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Allí donde se cumple la voluntad de Dios está el cielo, puede la tierra convertirse en cielo. Por eso se trata de dar a conocer la voluntad de Dios, y armonizar la voluntad humana con la voluntad de Dios. Pues no puede reconocerse a Dios de una forma meramente académica; no se puede tomar nota de Él algo así como cuando registro la existencia de astros lejanos y datos de la historia pasada. El conocimiento de Dios es comparable al conocimiento del enamorado: él me afecta totalmente, exige también mi voluntad, y queda en nada cuando no es correspondido plenamente.

Pero con esto ya me he adelantado. Determinemos primeramente: para la Iglesia nunca se trata sólo de mantener su existencia ni tampoco de aumentar y extender su propia duración. *La Iglesia no existe para sí misma.* Ella no se parece a una asociación que quiere mantenerse a flote por sí misma en circunstancias adversas. Ella tiene una misión para con el mundo, para con la humanidad. Sólo por ello tiene que sobrevivir, porque su desaparición conduciría a la humanidad hacia el torbellino del eclipse de Dios y, así, hacia el oscurecimiento, a la destrucción de lo humano. Nosotros no luchamos por nuestra auto conservación, sabemos que se nos ha confiado una misión que nos impone una responsabilidad hacia todos. Por eso la Iglesia tiene que medirse a sí misma y ser medida por la presencia viva en ella de Dios, de su conocimiento y de la aceptación de su voluntad. Una Iglesia que sólo fuese para sí misma un aparato administrativo sería una caricatura de Iglesia. Cuanto más gira en torno a sí misma y mira sólo hacia los objetivos para su propia conservación se hace superflua y se desmorona incluso teniendo a disposición un gran centro y un gobierno competente. Ella sólo



puede vivir y ser fructífera si está vivo en ella el primado de Dios.

*La Iglesia no existe para sí misma, sino para la humanidad. Existe para que el mundo llegue a ser un espacio para la presencia de Dios, espacio de alianza entre Dios y los hombres.* En esa dirección apunta la afirmación del relato de la creación (Gn 1,1-2,4): el transcurso del texto hacia el *Sabbat* quiere manifestar que la creación tiene un fundamento interno. Ella existe para que pueda darse la alianza en la que Dios regala su amor y obtiene una respuesta de amor. La idea de que la Iglesia existe para la humanidad aparece últimamente en una variante que resulta evidente para nuestro pensamiento, pero que pone en juego lo esencial. Se dice que la historia de la teología y de la autocomprensión eclesial pasó en los primeros tiempos por tres fases: del eclesiocéntrico al cristocéntrico y, finalmente, al teocéntrico. Esto sería un progreso, pero el punto conclusivo todavía no habría sido alcanzado. Resulta evidente, se dice, que el eclesiocéntrico fue equivocado: la Iglesia no puede hacerse a sí misma su propio centro, ella no está ahí para sí misma. Por tanto avanza hacia lo cristocéntrico, Cristo debe ser el centro. Pero entonces comprendió que Cristo remite por sí mismo al Padre, y llegó a lo teocéntrico, lo cual significa al mismo tiempo un abrirse progresivo de la Iglesia hacia fuera, hacia las otras religiones: la Iglesia desune, pero también Cristo separa, según se dice. Y ahora se añade: también Dios separa, pues las imágenes de Dios son opuestas, y hay religiones que no tienen un Dios personal, visiones del mundo que no tienen Dios. Por tanto, como cuarto nivel y en conexión aparente con el Evangelio, se postula la centralidad del Reino, que ahora ya no es Reino de Dios, sino simplemente Reino, como cifra que designa el mundo mejor alcanzable. La centralidad del Reino significa que ahora todo, más allá de los

límites de las religiones y las ideologías, podría colaborar por los valores del Reino, como son: la paz, la justicia, la conservación de la creación. Esta tríada de valores se ha erigido hoy en sustituto del concepto perdido de Dios y, al mismo tiempo, como fórmula de unión que, más allá de todas las diferencias, podría establecer la comunidad universal de los hombres de buena voluntad (¿y quién no la tiene?), y, justamente así, podría hacer surgir realmente el mundo mejor. Esto suena tentador. ¿Quién no se sabría obligado a alcanzar la gran meta de la paz sobre la tierra? ¿Quién no lucharía porque se haga justicia, porque desaparezcan definitivamente las diferencias que claman entre clases, razas y continentes? Y, ¿quién no vería hoy la necesidad de defender la creación frente a las destrucciones modernas? ¿Dios se ha hecho por tanto superfluo? ¿Puede esta tríada de valores ocupar su lugar? ¿De dónde tomamos el criterio para la justicia y la distinción entre lo que nos acerca a ella y lo que nos aleja de ella? ¿Y cómo reconocemos dónde es la técnica adecuada a las exigencias de la creación y dónde significa su destrucción? Quien observa el funcionamiento mundial a partir de esta tríada de valores no puede ocultar que se convierte cada vez más en campo de acción de las ideologías, y que no puede subsistir sin un criterio unificado de lo que es conforme al ser, a la creación y a los hombres. Los valores no pueden sustituir a la verdad, no pueden reemplazar a Dios, del cual son su reflejo y sin cuya luz confunden sus contornos.

De esta forma hay que mantener que *sin Dios, el mundo no puede ser iluminado, y la Iglesia sirve al mundo para que Dios viva en él y para que lo transparente, para que lo lleve a la humanidad.* Con esto llegamos ahora finalmente a la pregunta absolutamente práctica: ¿Cómo se hace esto? ¿Cómo podemos nosotros mismos reconocer a Dios y cómo



podemos llevarlo a los otros? Pienso que para ello tienen que combinarse distintos caminos. Primeramente está el camino que Pablo propuso en el Areópago, *partir de ese saber previo sobre Dios derramado en los hombres, apelar a la razón*. «Dios no está lejos de cada uno de nosotros», dice Pablo allí, «en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,27s). La misma idea la encontramos aún más acentuada en la Carta a los Romanos: «Desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible» (1,20). La fe cristiana apela a la razón, a la transparencia de la creación para con el Creador. La religión cristiana es *religión del Logos*: «Al principio era la Palabra», traducimos la primera frase del evangelio de Juan, que, por su parte, remite intencionadamente a la primera frase de toda la Biblia, al relato de la creación por la palabra. Pero «palabra» (*logos*), en sentido bíblico significa también razón, su poder creador. Sin embargo, ¿vale también para hoy la frase sobre el comienzo del mundo en el término así entendido? ¿Puede la Iglesia apelar también hoy a la razón con la Biblia, puede remitir a la transparencia de la creación para con el espíritu creador? Existe hoy día una versión materialista de la teoría de la evolución que se presenta como la última palabra de la ciencia y a través de sus hipótesis tiene la pretensión de hacer prescindible el espíritu creador, de haberlo descartado definitivamente. Jacques Monod, que ha elaborado esta visión con una lógica admirable, ha dicho siendo fiel a su teoría: «El milagro ha sido ciertamente “desvelado”; no obstante sigue siendo para nosotros un milagro». Cita entonces el comentario que Francois Mauriac hizo de su tesis: «Lo que dice este profesor es aún más increíble que lo que nosotros, pobres cristianos, creemos». y añade a esto: «Esto es tan cierto como el hecho de

que no logramos desarrollar una representación mental satisfactoria a partir de determinadas abstracciones de la física moderna. Pero sabemos también que tales dificultades no pueden valer como argumento contra una teoría basada en las certidumbres de la experiencia y de la lógica»<sup>1</sup>. Aquí hay que preguntar: ¿qué lógica? No quiero ni puedo seguir aquí esta disputa, sólo decir que la fe no tiene ningún motivo para abandonar el terreno: la opción de que el mundo procede de la razón y no de la sinrazón es razonablemente justificable también hoy, tiene que ser formulada, desde luego, en diálogo con los conocimientos reales de las ciencias naturales. Hoy la Iglesia tiene la tarea de poner en marcha de forma nueva la disputa sobre la razón de la fe o de la increencia. La fe no es enemiga de la razón, sino abogada de su grandeza, como el Papa ha expuesto apasionadamente en su encíclica sobre *Fe y razón*. Considero *la lucha por la nueva presencia de la razón en la fe como una tarea urgente de la Iglesia en nuestro siglo*. La fe no puede retirarse dentro del propio caparazón de una decisión que ya no tiene que ser fundamentada, no puede reducirse a una especie de sistema de símbolos en el que se acomoda pero que finalmente continúa siendo una elección casual entre otras visiones de la vida y del mundo. Ella necesita el amplio espacio de la razón abierta, necesita la confesión del Dios creador, pues sin esta confesión se reduce también la cristología, pues ésta aún habla de Dios sólo indirectamente refiriéndose a una experiencia religiosa particular, pero que necesariamente es limitada y no deja de ser una experiencia más entre otras.

La llamada a la razón es una gran tarea de la Iglesia precisamente hoy, pues allí donde fe y razón se separan una de la otra, enferman las dos. La razón se vuelve fría y pierde sus

1 J. Monod, *El azar y la necesidad* (Barral, Barcelona 1972) 153.



criterios, se hace cruel porque ya no hay nada sobre ella. La limitada comprensión del hombre decide ahora por sí sola cómo se debe seguir actuando con la creación, quién debe vivir y quién ha de ser apartado de la mesa de la vida: vemos entonces que el camino hacia el infierno está abierto. Pero también la fe enferma sin un espacio amplio para la razón. Vemos en nuestro presente con profusión qué graves estragos pueden surgir de una religiosidad enfermiza. No en vano el Apocalipsis presenta la religión enferma que se ha despedido de la grandeza de la fe en la creación como el auténtico poder del Anticristo. Sigue siendo cierto naturalmente que la revelación de la creación, a la que Pablo remite en el discurso del Areópago y en la Carta a los Romanos, no se basta por sí sola para relacionar verdaderamente a los hombres con Dios. *Dios ha salido al encuentro del hombre. Le ha mostrado su rostro, le ha abierto su corazón.* «A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y que está al lado del Padre, quien lo ha explicado», dice el evangelio de Juan (1,18). La Iglesia tiene que continuar este anuncio. Tiene que llevar los hombres a Cristo, Cristo a los hombres, para llevarlos hacia Dios y Dios a ellos. Cristo no es cualquier gran hombre con una experiencia religiosa significativa: él es Dios, Dios que se hizo hombre para que exista un puente entre hombre y Dios y para que el hombre pueda llegar a ser verdaderamente él mismo. Quien ve a Cristo sólo como una gran figura religiosa no le ve realmente. El camino de Cristo y hacia Cristo tiene que llegar allí donde desemboca el evangelio de Marcos, en la confesión del centurión romano ante el crucificado: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (15,39). Tiene que llegar allí donde desemboca el evangelio de Juan, en la confesión de Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» (20,28). Tiene que recorrer el gran arco que tiende el evangelio de Mateo desde la historia del anuncio hasta el discurso de envío

del Resucitado. En la historia del anuncio, Jesús es presentado como «Dios con nosotros» (1,23). Y las últimas palabras del evangelio recogen ese mensaje: «Mirad que yo estoy con vosotros cada día hasta el fin del mundo» (28,19). Para conocer a Cristo hay que recorrer el camino que nos indican los evangelios.

La gran tarea central de la Iglesia es hoy, como siempre lo ha sido, mostrar ese camino y ofrecerse en él como *comunidad en camino*. Antes dije: a Dios no se le conoce simplemente con el entendimiento, sino al mismo tiempo con la voluntad y con el corazón. Por eso el conocimiento de Dios, el conocimiento de Cristo, es un camino que reclama la totalidad de nuestro ser. Lucas ofrece la presentación más hermosa de este nuestro estar en camino en el relato de los discípulos de Emaús. Se trata de un *estar en camino con la palabra viva de Cristo, que nos interpreta la palabra escrita, la Biblia; él mismo se hace camino durante el cual el corazón está ardiendo y, de esta forma, al final se abren los ojos*: la Escritura, el verdadero árbol del conocimiento, nos abre los ojos si nosotros, al mismo tiempo, comemos del árbol de la vida, de Cristo. Entonces estaremos viendo verdaderamente, y entonces viviremos realmente. Tres elementos confluyen en este camino: la comunidad de discípulos, la Escritura, la presencia viva de Cristo. Así, este camino de los discípulos de Emaús es al mismo tiempo una descripción de la Iglesia, una descripción de cómo madura el conocimiento que lleva hacia Dios. Ese conocimiento será comunión de unos con otros, desemboca en la fracción del pan, en el que el hombre se convierte en invitado de Dios y Dios en anfitrión del hombre. Resulta claro aquí que no se puede tener a Cristo sólo para sí. Él no sólo nos conduce hacia Dios, sino también unos hacia otros. Por ello Cristo e Iglesia forman un conjunto, así como lo forman Iglesia y Biblia. Tarea central de la Iglesia,



ayer, hoy y mañana, continúa siendo realizar esta gran comunidad en las comunidades particulares concretas del Obispo, el párroco, los movimientos eclesiales. Como comunidad en camino tiene que experimentarse en nuestras preocupaciones, en la palabra de Dios, en Cristo, y llevamos hacia el don del sacramento, en el que se anticipa una y otra vez el banquete nupcial de Dios con la humanidad.

Echemos un vistazo a lo dicho hasta ahora; así, podemos decir que el tema Cristo no es en definitiva un tema particular, secundario, junto al tema de Dios, sino la manera como se ha concretizado de forma absoluta el tema de Dios para nosotros, que mueve el cuerpo y llega hasta el alma. Y tampoco el tema Iglesia es un tercer tema particular, sino que está insertado en el tema de Cristo de forma servicial: *la Iglesia es comunidad en camino con él y hacia él*, y sólo cuando ella continúa en ese papel la entendemos correctamente; entonces podremos amarla también verdaderamente, como se ama a los compañeros de camino.

Ahora tendrían que ser desarrollados propiamente todavía algo más *los elementos particulares de ese estar en camino*. Sobre esto el Papa ha dicho todo lo esencial en su Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, así que me contentaré en la parte conclusiva de estas consideraciones con un par de anotaciones al respecto. En este texto, el Papa habla detalladamente del significado de la oración, que es la que primero hace cristianos a los cristianos. En la oración, dice, experimentamos el primado de la gracia: Dios siempre nos precede. El cristianismo no es un moralismo, algo hecho por nosotros. Primero es Dios el que se acerca a nosotros, después podemos ir con Él, entonces serán liberadas nuestras fuerzas interiores. Y la oración, continúa, nos permite experimentar el primado de Cristo, el primado de la interioridad

y de la santidad. A este respecto el Papa añade una pregunta digna de consideración: «Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración?» (38). Hemos de aprender de nuevo el primado de la interioridad por encima de todo nuestro activismo, el componente místico del cristianismo tiene que ganar fuerza otra vez.

De la oración personal, el Papa continúa consecuentemente hacia la oración litúrgica común, sobre todo a la Eucaristía dominical. *El domingo como día de la resurrección y la Eucaristía como encuentro con el Resucitado* se corresponden mutuamente. El tiempo precisa de su ritmo interno. Necesita la correspondencia entre la cotidianidad de nuestro trabajo y el encuentro festivo con Cristo en la Iglesia, en el sacramento. El Papa considera la recuperación del domingo como una tarea pastoral de primer rango. El tiempo recibe así su orden interno, Dios vuelve a ser de nuevo el punto de partida y la meta del tiempo. Éste es, al mismo tiempo, el día de la comunidad humana, el día de la familia pequeña y el día en el que se forma la gran familia, la familia de Dios en la Iglesia, y en que la Iglesia se convierte en vivencia. Si sólo se conoce la Iglesia a partir de reuniones y papeles es que no se conoce. Entonces se convierte en escándalo, porque se convierte en objeto de nuestro propio hacer o aparece como extraño e impuesto a nosotros desde fuera. Sólo conocemos desde dentro a la Iglesia cuando la experimentamos en el punto donde se supera a sí misma, donde el Señor entra en ella y donde la convierte en su casa y con ello nos hace a nosotros sus hermanos. Por eso es tan importante también la celebración digna de la Eucaristía, en la que tiene que aparecer esa auto expropiación de la Iglesia. La liturgia no la hacemos nosotros mismos. Nosotros no imaginamos algo, como hace un comité de





festos mundanos o como hace el presentador de concursos. El Señor viene. La liturgia ha crecido en la fe de la Iglesia a partir de él, a partir de los Apóstoles. Nosotros nos introducimos en ella, no la hacemos. Sólo así llega a ser una fiesta, y la fiesta, como anticipación de la libertad futura, es imprescindible para los hombres. Podría decirse realmente que esta es la *tarea de la Iglesia, regalarnos la vivencia de la fiesta*. La fiesta ha surgido en toda la historia de la humanidad como acontecimiento cultural, y no imaginable sin la presencia de lo divino. Encuentra aquí su medida plena, donde realmente Dios se hace nuestro invitado y nos invita a su banquete.

Aún quiero mencionar dos puntos. El Papa pasa de la liturgia dominical al *sacramento de la Reconciliación*. Ningún otro sacramento se nos ha hecho más extraño en las últimas décadas. Y sin embargo, ¿quién no sería consciente de que necesitamos reconciliación, de que nos hace falta el perdón, la purificación interior? Entre tanto acudimos a la psicoterapia al psicoanálisis, cuya finalidad y posibilidades no se niegan, pero sin la palabra de reconciliación que proviene de Dios nuestros intentos de reparar el alma enferma resultan insuficientes. Esto me lleva a la segunda referencia. Dije que para el conocimiento de Dios es necesario todo el hombre, entendimiento, voluntad y corazón. Esto significa a nivel práctico que no podemos conocer a Dios si no estamos dispuestos a introducirnos en su voluntad, a reconocerle como medida y dirección de nuestra vida. Esto significa más concretamente que a la comunidad que camina en la fe, a la comunidad que camina hacia Dios, pertenece la vida según los mandamientos. Esto no supone ninguna determinación extraña que le es impuesta al hombre. En el consentimiento a la voluntad de Dios se realiza nuestro parecido con Dios y llegamos a ser aquello que somos: imagen de Dios. Y porque Dios es amor, *los mandamientos*,

en los que se manifiesta su voluntad, son las variaciones fundamentales del único tema del amor. *Son las reglas concretas del amor a Dios*, al prójimo, a la creación, a nosotros mismos. Y porque nuevamente en Cristo se encuentra el sí absoluto a la voluntad de Dios, el ser imagen en su plena medida, la vida según el amor y la voluntad de Dios constituye seguimiento de Cristo, ir hacia él e ir con él. La referencia a los mandamientos también ha descendido en la Iglesia en las últimas décadas; ha crecido demasiado la sospecha de legalismo y moralismo. De hecho la palabra de los mandamientos queda como algo externo si no es examinada por la interioridad de Dios en nosotros mismos y por la precedencia de Cristo respecto de todos nosotros. Se queda en moralismo si no está bajo la luz de la gracia del perdón. Israel estaba orgulloso de conocer la voluntad de Dios y de conocer así el camino hacia la vida. El salmo 119 es una constante irrupción nueva de agradecimiento y de alegría por conocer la *voluntad de Dios*. Nosotros conocemos ahora esa voluntad *encarnada en Jesucristo como orientación y al mismo tiempo como misericordia que una y otra vez nos acoge y nos guía*. ¿No deberíamos alegrarnos de nuevo de ello en medio de un mundo lleno de confusión y oscuridad? *Despertar de nuevo la alegría en Dios, la alegría por la revelación de Dios, por la amistad con Dios, me parece una tarea urgente de la Iglesia en nuestro siglo*. También para nosotros son válidas las palabras que el sacerdote Esdras dirige al pueblo de Israel que se había desanimado un poco tras el destierro: la alegría en el Señor es nuestra fortaleza (Neh 8,10).

Quiero concluir con una imagen de la *Divina comedia* de Dante. Habíamos salido del descenso a los infiernos, en el mundo sin Dios. Dante describe el camino de la purificación, el camino hacia Dios como la ascensión a una montaña. El camino exterior es símbolo del camino interior

hacia la altura propia, hacia la altura de Dios. Al principio, la ascensión le resulta al hombre ligado a la tierra infinitamente difícil. En la visión poética de Dante tras la primera etapa del camino un ángel borra el signo de la soberbia de la frente del que sube, y entonces le sobreviene en la continuación de la marcha un sentimiento singular: «Subíamos ya las rocas sagradas y era como si me hubiese vuelto mucho más ligero de lo que anteriormente me había sentido. Entonces dije: “Maestro, di, ¿qué pesada carga me has quitado de encima que apenas siento fatiga alguna al caminar?”» (II, 12, 115-120). La liberación de la soberbia fue la superación de la carga. Nuestras convicciones, así como el orgullo, la codicia, la ambición y también lo peor y más oscuro que habita en nuestra alma

constituye un peso de plomo que nos estorba en la subida, que nos hace incapaces de ascender. «Cuanto más puro sea el hombre más semejante será a lo Alto. Pierde su peso, crece su fuerza de ascensión ... La libertad crece, se realiza, cuando la voluntad coincide con la exigencia»<sup>2</sup>. La *comunidad que camina en la fe*, que nosotros llamamos Iglesia, ha de ser una comunidad en ascensión, una comunidad en que se realicen en nosotros aquellas purificaciones que nos capaciten para la auténtica altura del ser humano, de la comunidad con Dios. Con la medida de la purificación, la ascensión, que al principio es tan penosa, se vuelve alegría. Esa alegría tiene que surgir de la Iglesia cada vez más intensamente para iluminar el mundo.

### Tomado de:

Ratzinger, Joseph.

Convocados en el camino de la fe. La iglesia como comunión. / Joseph Ratzinger. -- 2.ed. --Madrid : Ediciones Cristiandad, 2005. p.294-307.

<sup>2</sup> R. Guardini, *Der Engel in Dantes göttlicher Komödie* (Mainz – Paderborn<sup>3</sup>1995) 48s.